

## EL OCULTAMIENTO DE LA CONCIENCIA HISTORICA: METODOS Y OBJETIVOS

*Autor:* MÁXIMO R. CHAPARRO

Jefe de Trabajos Prácticos: Finalidad 8 "Ciencia y Técnica"  
Investigador del Programa 25.

Profesor Adjunto Simple de "Filosofía". Integrante del equipo docente de la cátedra "Antropología Filosófica y "Filosofía de la Cultura" de la Licenciatura de Postgrado en Filosofía.

Durante décadas, y en forma sistemática, los argentinos hemos sido educados en la ignorancia o indiferencia acerca de nuestra propia historia. En la "historia argentina" enseñada y aprendida no se jugaba el destino de la Nación; el pasado era simplemente "pasado", sin conexión con el presente, y obviamente tampoco con el futuro.

1.— Sin embargo en el presente está contenido en cierta forma el pasado y prefigurado el futuro. Esta relación entre los tres tiempos históricos se manifiesta en el hecho de su comprensión. La comprensión del presente requiere un saber del pasado; pero la comprensión del pasado exige un saber del presente; el tiempo presente rectifica o confirma toda hermenéutica del pasado.

Con respecto al futuro debemos decir que sólo adviene como expectación del presente. El único saber posible del futuro es por aquello que ya es, es decir por el presente. Por este motivo el futuro no se profetiza, por lo menos en la comprensión histórico-natural del hombre.

Cuando se pierde la conciencia del pasado, el presente pierde el grado de inteligibilidad histórica que posee. Y pue-

de resultar el imperio de la pura multiplicidad y entonces ad- viene la indiferencia. Cuando se pierde el dominio del pre- sente no se puede proyectar el futuro; se pierde la aptitud pa- ra la vida histórica.

A los argentinos, por múltiples medios, se nos ha desco- nectado de nuestra historia. Uno de ellos, y fundamental, ha sido la enseñanza de una historia "oficial", en cualesquiera de sus niveles. La historia así presentada a muy pocos puede inter-esar: sólo a aquellos que posean una definida vocación por lo historiográfico, las fábulas o las novelas. Pues cuando a la historia se la entiende como aquello que ha pasado, a secas, se la convierte al género de las fábulas, o de las novelas, con el sentido de moraleja o paradigmas de que éstas gozan. Así, por ejemplo, a nuestros próceres se los ha convertido en "per-sonajes", como las máscaras griegas; en seres inmóviles sin uni- dad con la historia real y con el destino de la Nación, que es una cosa viva y *presente*. Además, al pasado se lo ha vaciado de su contenido nacional, de sus gestas, de sus protagonistas, de acuerdo a conveniencias ideológicas. Sirva de ejemplo la confesión de Mitre en carta a Vicente Fidel López: "Los dos, Usted y yo, hemos tenido la misma predilección por las gran- des figuras y las mismas repulsiones contra lo bárbaros desor- ganizadores como Artigas, a quienes hemos enterrado históri- camente". Y Sarmiento, en una carta a Avellaneda, fechada el 16 de diciembre de 1865, le decía: "Necesito y espero de su bondad de Usted me procure una colección de los tratados ar- gentinos hechos en tiempos de Rosas y que los unitarios han suprimido después con aquella habilidad con que saben reha- cer la historia".

De este modo aparece una historiografía sin vida, se re- saltan acontecimientos sin relación con el crecimiento y ma- durez de la Patria y de la Nación, o de lo contrario se los des- vincula de lo que justamente da grandeza o pequeñez históri- ca: su incardinación en lo nacional y en lo popular. Así, por ejemplo, y mencionando un caso muy ilustrativo, acontece con la figura de San Martín, a quien y con razón le llamamos

el Padre de la Patria, pero sólo por sus gestas militares. Nuestras *imágenes*, muchas veces, no se corresponden con la verdad histórica más profunda.

Estas imágenes, recibidas desde nuestra más tierna infancia, operan en nuestro subconsciente y en sí llevan una profunda carga valorativa; el caudillo, por ejemplo, es asociado al chiripá, al caballo, al descampado, a la brutalidad, es decir a la Barbarie; fenómenos contrarios a los de la ciudad que representa el estudio, la industria, la buena educación, en fin, a la Civilización. Estas *imágenes* tienen una poderosa gravitación en la conformación de aquella mentalidad que sitúa al mundo propio en el nivel de la Barbarie y al mundo ajeno en el nivel del Paradigma. Se realiza de este modo una ruptura con la línea de la propia historicidad que progresivamente va quedando en penumbras.

Este oscurecimiento naturalmente genera indiferencia y una actitud pasiva frente a la historia propia. Es en los períodos revolucionarios cuando se intenta rescatar y poner a la luz la velada densidad del pasado que entonces adquiere vida y se convierte en fuerza dentro de la dinámica del cuerpo social.

La indiferencia por nuestro pasado, la enorme dificultad por retomar el *hilo histórico*, es el producto del vaciamiento de la conciencia nacional que planificadamente ha llevado a cabo una política antinacional. Esta planificación de vaciamiento no es casual, sino que responde a una política de dominación. Pues desconectado un pueblo de su historia, queda sin defensas <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Cuando hablamos de conciencia nacional y de vaciamiento de la misma; es necesario aclarar, no estamos hablando de ninguna entelequia que potencial o actualmente haya adquirido su perfección y que luego, por la colonización cultural, haya perdido la claridad de sí misma. Estamos hablando de algo más empírico y visible de la conciencia histórica —saber del presente por el pasado y proyección del futuro— que aquí en el País durante el siglo XIX se intentó aniquilar y que en nuestro siglo, a pesar del accionar de la oligarquía eclosiona y se desarrolla teniendo como soporte los dos grandes movimientos populares.

“La falsificación —dice Jauretche— ha perseguido precisamente esta finalidad: impedir, a través de la desfiguración del pasado, que los argentinos poseamos la técnica, la aptitud para concebir y realizar una política nacional”<sup>2</sup>.

Exite una reacción directa entre política antinacional y vaciamiento de la conciencia histórica e inversamente, entre política nacional y el verdadero contenido histórico que la posibilita.

La falsificación de la historia es un instrumento que se utiliza para que el pueblo pierda la conciencia de su ser, que es histórico, y la capacidad de decisión.

“No se ha demostrado suficientemente —dice Fanon— que el colonialismo no se contenta con imponer su ley al presente y al futuro del país dominado. El colonialismo no se contenta con apretar al pueblo entre sus redes, con vaciar el cerebro colonizado de toda forma y de todo contenido. Por una especie de perversión de la lógica, se orienta hacia el pasado del pueblo oprimido, lo distorsiona, lo desfigura, lo aniquila”<sup>3</sup>.

La cuestión está, nos parece, en que no se puede imponer “su ley al presente y al futuro del país dominado” *si no se aniquila el pasado. Si se lo deja intacto no se desarticula identidad y por lo tanto la dominación no resulta posible.* La falsificación del pasado es un momento necesario para el ejercicio de la colonización. Esta falsificación del pasado consiste en vaciar la conciencia colectiva del contenido propio que la vivifica y que genera en ella el movimiento; es por lo tanto una falsificación del presente.

El vaciamiento de la conciencia nacional genera un estado de prostración colectiva al no saber de sí, ni de su pasado, ni de su futuro. El pueblo deja de ser sujeto y adquiere la

<sup>2</sup> JAURETCHE, A., *Política nacional y revisionismo histórico*, pág. 15, Ed. Peña Lillo, Buenos Aires, 1974.

<sup>3</sup> FANON, F., *Los condenados de la tierra*, pág. 192, F. C. E., Méjico, 1972.

pasividad necesaria para recibir el mesianismo que viene siempre *desde arriba* y que no es precisamente salvador.

Cuando se crea un abismo entre el presente y el pasado es imposible también proyectar el futuro. El pueblo pierde su memoria, y al perder su memoria pierde también su tradición; ésta se convierte en un pintoresco e inocuo folklorismo que aflora en las “fechas patrias”, fechas que no actualizan la memoria histórica y que por lo tanto sólo sirven para reiterar un formalismo que no tiene el dinamismo de la vida.

Este dinamismo de la vida, en un pueblo en proceso de madurez, genera una simbología que lo expresa. Dichos símbolos nacionales apresan, contienen y ponen a luz la experiencia colectiva, y al mismo tiempo son signos que señalan ideales y valores que marcan el destino y proyecto de una Nación.

En nuestro caso, dado el vaciamiento mencionado, muchos símbolos —especialmente los convencionales— han adquirido una formalidad tal que han perdido todo contacto con el mundo de la vida.

Como hemos dicho, muchos son los medios que se utilizan para este vaciamiento u ocultamiento de la conciencia nacional. El revisionismo histórico, entendido no de un modo parcial, sino como realidad dinámica en el que confluyen historiadores de distintas vertientes ideológicas, ya ha demostrado suficientemente la falsificación que ha operado la “historia liberal”. El término falsificación tiene una connotación moral que no queremos darle, pero no encontramos otro que lo sustituya.

Otro medio es lo que Jauretche llama la “modificación de la toponimia”. “La toponimia ha sido alterada para que el paisaje geográfico no coincida con el histórico, contribuyendo a esa sensación de irrealidad, de cosa estratosférica y sin contacto siquiera telúrico entre el pasado y el presente que caracteriza la historia de nuestros escolares y se difunde oficialmente y da esa sensación de convencional, de artificio-

sidad, que deshumaniza nuestra historia..."<sup>4</sup>. "Se borró el nombre original de los lugares y al sustituirlos se rompió la conexión con el hecho histórico allí ocurrido"<sup>5</sup>. "El nombre no proviene de la tradición sino de decreto"<sup>6</sup>.

El hombre es un ser histórico pero a la vez geográficamente condicionado. Porque al mismo tiempo que es condicionado en su ser y acción por la naturaleza, el hombre la carga de historia, la torna acumulativamente histórica. Una naturaleza absolutamente natural, valga la redundancia, es una mera idea límite: *la anulación de este vínculo peculiar entre geografía e historia desvincula al individuo de su pasado y del ser colectivo al que pertenece.*

Otro tanto ocurre con la tradición oral. La tradición oral siempre ha jugado un papel importante como conservación de los caracteres de la comunidad que la ejercita. Es un modo que el pueblo tiene de saber acerca de sí mismo<sup>7</sup>. Aquí, en nuestro país, una determinada política económica y social ha dado como resultado que en lo histórico se pierda uno de los elementos que posibilitan una mayor autoconciencia.

Al respecto Arturo Jauretche, hablando de un momento de nuestra historia, dice con su natural clarividencia: "La vieja población campesina ha sido destruida o desarraigada, y la nueva economía comercialista, en transición constante, provoca permanentes desplazamientos de la nueva población. Nos encontramos en presencia de una *brusca sustitución de una sociedad por otra*. Se corta la continuidad social y además el tránsito de la sociedad patriarcal a la sociedad comercialista, coincidente con el aluvión inmigratorio, provocan brus-

<sup>4</sup> JAURETCHÉ, A., *Op. cit.*, pág. 39 - 40.

<sup>5</sup> *Ibid.*, pág. 40.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pág. 40.

<sup>7</sup> Es importante verificar estas cosas por uno mismo. Personalmente, y a contrapelo de lo que me enseñaba la escuela, he aprendido por ejemplo sobre Irigoyen y el "alvearismo" por boca de viejos criollos entrerrianos. Esta gente sencilla e "iletrada" no tiene otra posibilidad que regularse por los hechos y por la experiencia. Por eso casi no se equivocan.

camente desplazamientos que alteran el asiento de las familias y su misma constitución, provocan el nomadismo y los traslados frecuentes de un medio a otro y se alteran las jerarquías tradicionales. Si bien subsiste arriba la preeminencia política y social de la clase propietaria de la tierra, todos los estadios intermedios y bajos se alteran en un cambio constante. Quedan así cegados los conductos naturales de la transmisión oral”<sup>8</sup>.

Por este camino también se ha obstruido el crecimiento y madurez de la conciencia nacional<sup>9</sup>.

Nuestra formación libresca, “científica”, nos pone inmediatamente a la defensiva ante el hecho de que la tradición oral puede reconocerse como imponderable elemento heurístico de la investigación y de la conciencia histórica. La tradición oral es un conocimiento en directa relación con el mundo de la vida; lo puramente anecdótico se pierde en el tiempo, pero van quedando aquellas figuras, aquellos acontecimientos que trascienden el tiempo histórico en que surgieron y que comprometen el presente y el futuro. De este modo va configurándose la “memoria del pueblo” y su tradición.

Pero la memoria no es ninguna deidad o entidad metafísica. Ultimamente ha surgido una literatura filosófica —manifestación del ascenso de nuestra conciencia social— en la que el pueblo, la tradición, la memoria histórica, campean como módulos de reflexión. Débese evitar el riesgo de caer nuevamente en un formalismo de los conceptos y de las definiciones y tomar lo definido por lo real. Que “la tradición

<sup>8</sup> JAURETCHÉ, A. *Op. citi*, pág. 37 - 38.

<sup>9</sup> Hay que volver a las cosas y acontecimientos de nuestro mundo cotidiano para verificar la distorsión que ha operado una persistente pedagogía colonialista. Una lectura de nuestra historia desde esta perspectiva nos permitirá ver a veces seres tragicómicos en lugar de ilustres personajes es el caso, por ejemplo, de aquel “presidente argentino” que impresionaba por su semejanza con un “lord británico”, por sus costumbres y vestimenta a las que se aplicaba con fervor ritual. ¡Claro! había sido abogado del Banco de Inglaterra y del diplomático inglés en la Argentina. Ernesto Palacio, en su *Historia Argentina*, ha documentado una lamentable anécdota de Manuel Quintana (Pág. 405 406, Tomo II, Ed. Peña Lillo, Buenos Aires, 1968).

sea de algún modo la memoria del pueblo” estamos de acuerdo, pero que lo definido no nos sirva de falso espejismo y hagamos sin más ni más un juicio de existencia. Porque la verdad es que después de cien años de falsificación histórica, que es falsificación de nuestro pasado y de nosotros mismos, es la misma “memoria” la que está cuestionada. Sucede en filosofía, como en algunas disciplinas sociales, que a veces se hipostasian ciertos conceptos: “pueblo”, “sujeto de la cultura”, “imperialismo”, “cultura popular”, “cultura ilustrada”, “liberación-dependencia”, etc. y con estas hipótesis de conceptos se cree explicada toda la riqueza y multiplicidad del dinamismo histórico. A nuestro juicio hay que recorrer pacientemente todas las mediaciones histórico-culturales del mundo propio para que, por ejemplo, el “pueblo sujeto de la cultura” deje de ser un formalismo vacío y adquiera la plenitud de la vida.

La memoria popular, para ensayar una aproximación al sentido de los términos, es el saber histórico colectivo de la comunidad nacional que se reconoce en el presente bajo el trasluz que le da el propio pasado. Más que saber, en el sentido habitual del término, es un estado de conciencia que asiente, valorando, al mundo presente.

Sin esta luz del pasado, el presente se oscurece; o sea, se inmoviliza, se pierden las perspectivas y el futuro se presenta como la mera reiteración de lo actual.

*La pérdida de la tradición, el vaciamiento de la memoria colectiva trae aparejada una cierta estabilización del presente; el pasado es visto como justificación del presente, y el futuro es mera prolongación de las formas y contenidos vigentes.*

Dentro de este intento de oscurecimiento de la conciencia nacional, dado por la falsificación de la historia, la modificación de la toponimia y la anulación de la tradición oral, hay que ubicar como elemento totalizante y unitivo a una política determinada con respecto al pueblo. Esta política tiene su manifestación, quizá la más relevante, en la política migratoria.



Detrás de esta política hay una ideología que la justifica y que pivotea sobre las categorías bárbaro-civilizado. Prescindiendo de las rivalidades entre criollos e inmigrantes, el hecho objetivo es el siguiente: la inmigración pone en contacto dos sociedades muy diferentes, ya sea en lo tecnológico, ya sea en el modo de ser y mentalidad de los hombres que la componen. Desde el punto de vista “criollo”, el “gringo” era un “bárbaro”, un ser ajeno y extraño a las tradiciones, a los modos y relaciones de producción, fundamentalmente ganaderos. Técnica y culturalmente, el gringo era un extraño. Desde el punto de vista del inmigrante, acoplado en primera instancia por necesidad a los intereses de la oligarquía que lo había traído y que venía de una sociedad en rápido desarrollo, el criollo era visto como un ser primitivo, indolente, de naturaleza inferior. Se da el choque entre la ambición de riqueza como medio de ascenso social y de poder, y un modo de producir cuyo desarrollo estaba determinado por la *capacidad de consumo*. “Si el nativo —dice Jauretche— carece tradicionalmente de perspectivas y por ende de voluntad de ascenso social, carece también de los conceptos de propiedad y acumulación de riqueza como medio de poder que están implícitos en el deseo de emigrar: *la riqueza es para el criollo simplemente capacidad de consumo*, y sus consumos están limitados a los de una sociedad primitiva; resuelto lo imprescindible para la existencia, la apetencia es sólo de bienes de lujo: aperos, ponchos... Sin acceso a la propiedad de la tierra, los límites de su acumulación no pueden ir más allá de la tropilla y algunos semovientes en los casos más prósperos. Los lujos, las prendas, son su único ahorro, que lo bancan en un apuro o en el juego”<sup>10</sup>.

Pero esta realidad, que es la realidad del Pueblo, es violentamente negada por la “gente decente” que se autotitula el verdadero pueblo en conflictividad con la “chusma incivil

<sup>10</sup> JAURETCHE, A., *El medio pelo en la sociedad argentina*, pág. 106, Ed. Peña Lillo, Buenos Aires, 1967.

y bárbara”, la que por su propia *naturaleza inferior* no puede ni podrá desempeñar la dimensión de sujeto creador de la historia nacional.

Detrás de esta visión desintegradora de la nacionalidad y de sus posibilidades estaba la revolución industrial y el acoplamiento de nuestro País a la estructura de producción de Inglaterra que exigía una nueva mentalidad y sociedad, y, lo que es fundamental, que el resultado de una nueva organización del trabajo fuesen los productos necesarios para el mayor desarrollo de la fuerza productiva imperial.

2. La memoria del pueblo podría identificarse con la Tradición, entendida ésta como un estado de conciencia perdurable en el tiempo. Pero, entendida como la objetivación de sentido del estado de conciencia, debemos decir que la memoria genera a la Tradición, y no a la inversa; aunque ésta actualiza a la memoria, a través de los signos, símbolos, ritos, etcétera.

Del mismo modo, la Patria genera el patriotismo. Sin la Patria, que es una realidad viva, el patriotismo no tiene donde hacer pie, deja de ser una experiencia con significación e intencionalidad específicas potenciadas por el objeto allí presente.

El pueblo supone a la Patria, que en su origen está constituida por la tierra, el dominio sobre ella, y los padres que la conquistaron y ejercieron el señorío. Así pues, es la Patria y es el pueblo que en el despliegue de su ser histórico-concreto van configurando una memoria y una tradición, es decir un estado de conciencia que, como dice de Anquín, posee los caracteres de “comunidad”, “estabilidad” y “perdurabilidad”<sup>11</sup>.

En la memoria, la multiplicidad e individualidad de la experiencia colectiva e individual adquiere comunicabilidad y universalidad, en grados y modos diferentes.

<sup>11</sup> DE ANQUÍN, NIMO, *Escritos políticos*, pág. 72, Ed. Instituto Leopoldo Lugones, Santa Fe, 1972.

Un pueblo puede perder la universalidad y comunicabilidad de su experiencia, tal vez, por los caminos más diversos. Pero hay uno que es el que más nos afecta: la dominación cultural. Dominación, que si es total (hablando teóricamente), significa la *aniquilación* lisa y llana de Patria, pueblo, memoria y tradición; y si es relativa, se convierte en guerra, lucha, hostilidad entre dos estados de conciencia.

No pueden subsistir dos culturas en un mismo suelo, las que suponen dos estados de conciencia completos, dos tradiciones y dos proyectos históricos. Cuando se da el fenómeno de la dominación, el *extraño*, el extranjero, posee o intenta poseer lo *propio*, todo lo propio: las cosas y al mismo sujeto. Mejor dicho, la dominación cultural penetra en la conciencia del colonizado, le anula y vacía su mundo y le sustituye por otro.

La dominación cultural consiste en la invasión de lo extraño sobre lo propio. Pero para que esta invasión sea posible es necesario destruir en su esencia a lo propio: es necesario destruir aquel mundo que es correlato de la conciencia colectiva para sustituirlo por un “mundo nuevo”.

Las adjetivaciones “extraño” y “propio” en el orden cultural tienen una profunda importancia, pues establecen la alteridad necesaria para que los mundos culturales se mantengan firmes y substantes en sí mismos. Esta adjetivación es correlativa de los sustantivos políticos: el extranjero y el “sujeto nacional”, el extraño y el cercano, o, en su máxima tensión, el amigo y el enemigo.

Cuando estas categorías tienen vigencia en un pueblo, son síntomas de madurez. Ahora bien, por el término lo “propio” no se designa una realidad simple o una unidad perfecta, o, y valga la metáfora, un recipiente colmado, sino que lo propio es una realidad “una y múltiple” que se mueve entre los polos constituidos por el ser e inteligencia colectivo-nacional, y su correlato, el mundo propio, configurando por múltiples y diferenciadas experiencias.

Con lo afirmado de ningún modo pretendemos negar el hecho de la intercomunicación y “diálogo de las culturas”.

Esta es otra cuestión. Simplemente negamos la posibilidad de que, en el orden histórico cultural, lo “otro” pueda entrar en la definición del ser propio. Para que lo otro se constituya en elemento vivo del sí mismo, debe perder el carácter de extrañidad y ser recreado desde la singularidad del sí mismo. Y esto es posible porque *las culturas y el hombre no están en el reino de la equivocidad*. Si así lo fuera, no habría comunicación ni diálogo posible. Pero para que lo haya se necesitan interlocutores reales, como primera condición; y que en segundo término puedan manifestar lo que de universal (uno y comunicable) emerge de la multiplicidad de su experiencia.

Un cierto humanitarismo universalista, abstracto e impersonal, así como cierto personalismo, vienen a coincidir en borrar las fronteras entre “lo extraño” y “lo propio”. Pero lo negado ideológicamente no por eso deja de ser real y efectivo. Para unos, la indiferencia ante lo múltiple —indiferencia ante el mundo concreto de la vida— le lleva a superar imaginariamente toda diferencia: para otros, la absoluta validez reconocida a la originalidad de las experiencias históricas, si bien aparentemente pareciera acarrear la valoración de lo múltiple, en el fondo exige salir de sí e impide afirmarse en la personalidad histórico-cultural; un relativismo historicista, paradójicamente, todo lo uniforma, así como también todo lo valoriza.

Desde diversos ángulos epistemológicos —en especial desde la antropología cultural, desde la teoría de la dependencia, o desde la misma filosofía en aquellos intentos por rescatar la intensidad de la vida, de lo singular, de lo nacional frente a lo universal— se ha arremetido con toda la artillería contra “lo universal”. En Iberoamérica estas corrientes de pensamiento tienen una significación positiva imponderable en tanto pretenden una reivindicación y afirmación de nuestra personalidad dentro de la historia universal. Y el ataque es tanto más violento, cuanto mayor es la conciencia de que en los países periféricos se ha hecho pasar por lo “absolutamente universal” los valores de la civilización europea en expansión. Es de-

cir, los “valores universales” han sido utilizados como instrumentos de dominación. Hasta aquí, nos parece correcto el planteo. Pero muchas veces, la crítica va más allá hasta adoptar una postura filosófica que en su extremo puede tomar el carácter de un relativismo historicista o que sin llegar hasta eso, mantiene lo “universal” y lo “histórico” en extrañas simbiosis, sin la correspondiente fundamentación teórica que requiere el universal, o sin responder acerca de las condiciones de posibilidad y existencia de lo histórico, así como de la relación entre ambos términos. Asimismo, ciertas generalidades que se hacen del pensamiento europeo debe ponernos en la pista que allí donde termina la crítica empieza el verdadero problema. ¿Qué es lo universal y qué lo singular? Y con respecto a la historia, ¿cómo es posible que lo universal sólo exista y “adquiera vida en la singularidad de lo nacional?”. Este es un problema que nuestro pensamiento filosófico, tarde o temprano, deberá solucionar.

3. — Lo que hemos expuesto podría sintetizarse en las formulaciones siguientes, a los efectos de obtener una mirada totalizadora:

- a) El pasado, el presente y el futuro se co-implican mutuamente. La unidad de la vida histórica se manifiesta en la unidad de las culturas.
- b) La comprensión del presente requiere del pasado, y a la inversa. La proyección del futuro sólo es posible en base a la plataforma presente-pasado.
- c) La colonización, para dominar el presente y asegurarse el futuro, debe quebrar la unidad e identidad de la conciencia histórica.
- d) Si al pasado se lo deja intacto, la dominación resulta imposible, o por lo menos muy problemática.
- e) De este modo la dominación cultural tiene una doble tarea (que no se dan, como es obvio, de forma cronológica): velamiento del pasado que genera ininteligibilidad y estabilización del presente, e imposición de un nuevo estado de conciencia.

f) Si la dominación cultural, hipotéticamente hablando, llega a ser total, quiere decir que se ha aniquilado a la Patria y a la Nación, al pueblo, su memoria y tradición. Si es relativa, se convierte en antagonismo entre lo extraño y lo propio.

g) Este antagonismo, que tiene el carácter de la *hostilidad* (y por lo tanto es irreconciliable), se manifiesta en un doble plano: en la lucha política y en la lucha cultural, la que debe penetrar y ubicarse en el centro mismo del antagonismo que primaria y esencialmente es político.

h) En Hispanoamérica, y en la Argentina en particular, la Civilización (cuyo nombre propio es Imperialismo según la conciencia de nuestro siglo) ha llevado a cabo un plan de desnacionalización de la Cultura, borrando el pasado de nuestra conciencia e imponiendo una superestructura cultural extraña. Múltiples han sido los métodos.

4. — ¿Cómo entender esta lucha cultural? Antes que todo, se deben evitar ciertos peligros que se presentan a nuestra conformación mental estructurada de acuerdo a la pedagogía colonialista. Cuando un movimiento nacional eclosiona en la concretización de una política liberadora, resulta más o menos fácil reconocer y rechazar aquellos elementos que son los mojonés de una conciencia alienada. Pero, como dice Fanon, es más fácil proclamar que se rechaza que hacerlo realmente. Esto se conecta con otro obstáculo ya señalado: caer en conceptualizaciones reificadoras que inmovilizan el dinamismo de lo que es histórico.

Así como existe un “populismo abstracto” en política, así también existe otro “populismo abstracto” en la interpretación de la cultura. Es necesario recorrer el movimiento, que es concreto y múltiple, de la *vida histórica*; movimiento que se da en órdenes diversos y cuyas manifestaciones a veces son audibles y a veces son silenciosas.

La lucha cultural dentro de los países coloniales tiene una tarea doble que se da como en una especie de doble movimiento. En primer lugar, un movimiento de crítica hacia la superestructura cultural, lo que es saludable pues el que cri-

tica se vale de la corriente de una vida y sólo entonces tiene la posibilidad de identificarse en la intencionalidad de la vida colectiva en su pasado, su presente y su futuro.

En segundo lugar, un movimiento de memorización por el que se saca a luz el pasado con todas las consecuencias que esto implica. Cuando un pueblo lucha por la reconquista de su identidad y su liberación, surge al mismo tiempo la necesidad de revisar el pasado; es en estas épocas cuando florecen los estudios históricos y se escribe una literatura con todos los existenciales de una fe redescubierta en la propia personalidad histórico-colectiva.

Son los signos de la salud recobrada. La historia nacional se convierte en fuente de alegrías, sueños y esperanzas. Es la señal inequívoca de que la primavera está próxima.

